

pecto modesto y risueño, y advirtiéndole que reparase en que le seguía una multitud de personas jóvenes de uno y otro sexo: «¿temes tú, le decía reprendiéndole su cobardía, temes que con el socorro del cielo no podrás lo que puede y hace tan valerosamente esta débil y numerosa juventud?» Mas el asalto de las pasiones redobló con tanta violencia, que ya iba á sucumbir de nuevo, cuando oyó una voz del cielo que le dijo repetidas veces: *toma y lee*. Inmediatamente volvió á donde habia quedado Alipio: tomó en la mano las Epístolas de San Pablo, y leyó al abrirlas: «no camineis en la disolución y en la impureza, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo.»

Estas palabras fueron un rayo de luz que disipó en un momento todas sus tinieblas y la imposibilidad imaginaria que encontraba en obedecer á las inspiraciones del cielo. Tomó pues la resolución eficaz de seguir á Jesucristo por el camino mas estrecho de la perfección evangélica; y despues descubrió á su amigo todo lo que pasaba en su alma con aquella pacífica firmeza del que ya ha tomado una resolución definitiva é invariable. Alipio volvió á abrir el libro sagrado y le hizo observar las siguientes palabras del mismo testo: *recibid al débil en la fé*. Y aplicándoselas á sí mismo le pidió le admitiese en la sociedad de la vida nueva que queria abrazar, para que estuviesen mas estrechamente unidos con los lazos de la virtud que con los de la amistad. Abrazó con ternura á su amigo, al oír estas palabras que colmaron la alegría del santo penitente, y ambos fueron juntos á dar á la piadosa Mónica tan feliz nueva: ella bendijo mil veces al Señor, de que al fin habia llamado al hijo de sus lágrimas y dolores á una perfección que la remuneraba de sus amargas pasadas, y que aun escedia á sus mismos deseos y esperanzas: porque Agustin tomó la re-

solución de renunciar al matrimonio y á todos los vanos cuidados del siglo.

Desde el punto en que por la abdicación de su empleo se vió libre, se retiró á una casa de campo de un amigo suyo; y allí, comenzando á llenar los designios del cielo sobre sus incomparables talentos, escribió sus primeras obras contra los principios de los académicos y pirrónicos, y sobre la felicidad de conocer á Dios, porque quiso ejercitarse al principio en materias propias para fortalecerse en sus piadosas resoluciones. Descubrense en estos escritos los sentimientos mas tiernos y patéticos; pero el estilo, de una elegancia estudiada, se resiente aún de la ostentación de la escuela. Escribió por el mismo tiempo su tratado del Orden, que apenas tiene rasgo que no se refiera al orden de los estudios, y despues escribió sus tiernas y piadosas conversaciones consigo mismo que tituló *Soliloquios*.

Dispuestos los preparativos de su bautismo, que no quiso diferir mas, volvió á la ciudad, donde le recibió la vispera de Pascua, en 24 de abril de 387, de mano de San Ambrosio, despues de lo cual permaneció en Milan; pero el deseo de servir mejor al Señor, le hizo volver á Africa.

Hallábase ya en Ostia con sus amigos y su santa madre esperando todos el momento de hacerse á la vela, cuando Mónica se sintió gravemente enferma. No tenia ya cosa alguna que la retuviese en este mundo. «No sé qué hago ya aquí, decía algunos dias antes á aquel hijo que despues de tantas inquietudes la llenaba de consuelo (1): la única cosa que me hacia amable la vida, era verte cristiano católico. Háse dignado el Señor concederme mas de lo que deseaba, pues le veo consagrado enteramente á su servicio y lleno de desprecio por las cosas del mundo.» Cuando se vió

(1) August, lib. 9, Conf. cap. 10,

en peligro de muerte: «Deja aquí, le dijo, á tu madre; ¿qué importa el lugar donde repose este cuerpo? No te inquietes por esto, solo te pido que no me olvides en el altar del Señor, en donde quiera que estés.» Murió pues Santa Mónica con los sentimientos piadosos que la habian siempre animado, el dia nueve de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de edad y á los treinta y tres de la de Agustin, el año mismo en que habia sido bautizado. Despues que Agustin hubo tributado los últimos deberes á una madre tan justamente amada, se embarcó para Africa, y así que arribó á Tagaste se retiró con sus amigos á un lugar campestre, donde principiaron á tener en una perfecta union la vida de los primeros fieles, teniendo todos una misma bolsa, así como no tenian sino un corazón y una alma.

San Ambrosio entretanto, tan perseguido por la emperatriz Justina, vino á serla mas necesario que nunca. Daba mucho que pensar en la corte de Milan la carta que el emperador Máximo habia escrito á favor de los católicos; y en estas circunstancias, como el santo arzobispo habia sido tan feliz en su primera embajada, se creyó que tendria el mismo éxito en la segunda. El Santo, aunque no pensase del mismo modo, no dejó de mostrarse dispuesto, luego que vió que se trataba de procurar el bien. Habíase presentado la primera vez al usurpador Máximo con toda la dignidad episcopal, y rehusó tener comunión eclesiástica con un hombre que ni aun pensaba en hacer penitencia de la muerte dada á su soberano. Continuando en observar los cánones en toda su estension, se abstenia tambien de la comunión de los prelados sanguinarios que insistian en la muerte de los priscilianistas y participaban de la comunión y del favor de Máximo. No era este el medio de alcanzar cosa alguna de un príncipe

que veía por otra parte su ventaja en no ceder. Así, pues, Máximo mostró tanto desagrado de esta segunda embajada, que mandó al embajador se volviese sin dilación: de modo que el arzobispo no tuvo mas remedio que regresar inmediatamente y aun con riesgo de su vida; pero cuidando mas de los intereses que habia tomado á su cargo que de los suyos, escribió al emperador Valentiniano que se preparase para todo evento.

Por la misma época condujo la caridad á la corte de Tréveris al santo metropolitano de la provincia de Tours, que en las turbulencias ocasionadas por la rebelión necesitaba muchas veces de un mediador como el ilustre Martin. En calidad de súbdito de Máximo, reconocido emperador por Valentiniano y aun por Teodosio, tuvo alguna mas condescendencia que Ambrosio; no obstante, le repugnaba en extremo comunicar con este príncipe, y convidándole á su mesa contestó generosamente que «no podia comer con el que habia quitado á un emperador una parte de sus Estados y la vida á otro (1).» Tan poderoso es el predominio de una virtud eminente, que el usurpador, lejos de ofenderse, se redujo á usar del tono de apologista, escusándose de que no tomó el título de Augusto por sí, sino que el ejército le habia obligado á ello, y que por lo demás ninguno de sus enemigos habia perdido la vida sino en el campo de batalla. El Santo, que poseía una bondad de alma casi sin ejemplo, se rindió á estas razones, y el emperador mostró una alegría increíble. Fué este dia una fiesta extraordinaria á la cual convidaron á todas las personas principales de la corte. En el banquete el obispo ocupó el puesto mas honroso al lado del soberano; y despues le seguía un sacerdote que le acompañó á Tréveris. Cuando le presentaron la copa al

(1) Sever. Sulp. Vit. n. 25.

príncipe, según acostumbraban, la alargó, antes de beber, al santo obispo. Esperaba recibirla al instante de su mano; mas así que bebió Martín, no mirando los objetos sino con los ojos de la fe, dió la copa á su sacerdote, lo cual edificó mas que sorprendió al emperador y á sus cortesanos. Tan cierto es que las cosas mas distantes de las costumbres comunes se hacen respetar en los Santos. Hablóse de esto por todo el palacio, alabando unánimemente al generoso prelado por haber hecho con el emperador lo que otros muchos obispos no hubieran osado hacer con sus ministros (1).

Deseó la emperatriz obsequiar por su parte al santo arzobispo. Era esta una nueva dificultad mucho mayor que la primera; porque á los setenta años que tenia de edad nunca habia comido con muger alguna; pero iba á pedir por unos prisioneros, por unos desterrados, á quienes se habia privado de sus bienes; y la caridad, que era el alma y el móvil de todas sus obras, le hizo derogar la ley que se habia prescrito. A vista de esto, mostróse tan reconocida la princesa que no quiso mas que servirle en vez de sentarse con él á la mesa: ella ponía y acercaba los manjares que habia preparado por su mano, serviale de beber, y mientras la comida, estuvo atenta y de pié en la humilde postura de una criada. Al levantarse la mesa, hizo guardar los restos del pan y hasta las menores cosas que el Santo habia tocado (2).

Hallábanse hasta aquí el emperador y la emperatriz muy contentos con el Santo, y dispuestos á otorgar lo que pedia para su pueblo; mas los itacianos no estaban satisfechos. Avergonzados de verse hechos obje-

(1) Sever. Sulp. *ib.*

(2) Las circunstancias de la buena acogida que se hizo á San Martín se refieren mas bien á su primer viage á Tréveris, de que ya hablamos arriba, en la página 507.

to de una repulsa general, creían lavarse de esta mancha con solo comunicar con el arzobispo de Tours. Como lo podian todo en la corte de Máximo, le incitaron á que instase á Martín á comunicar con ellos. Le llamó en particular, y le representó con dulzura todos los motivos capaces de moverle; pero como nada le apartaba de su propósito, el emperador se retiró colérico y despues mandó quitar la vida á varias personas, cuyo perdon pedia el tierno pastor. Cuando Martín supo esta triste noticia, era de noche: le vence su bondad, vuela al palacio, no ve sino el carácter de misericordia que egerce, y promete condescender si se perdona la sangre de los desgraciados. Hacíase una ordenacion al dia siguiente, y en esta ceremonia el obispo de Tours comunicó con los obispos itacianos. Concediósele todo lo que pedia; pero este feliz despacho de sus peticiones no llevó á su corazon la alegría pura de las buenas obras. Salió inmediatamente de una corte, donde las mejores intenciones encontraban tales escollos, y por el camino iba llorando y gimiendo su malhadada condescendencia. Se detuvo algunos momentos en un bosque á dos leguas de Tréveris y dejó pasar adelante á los que le acompañaban. Allí abandonándose á toda la amargura de sus remordimientos, se le apareció un ángel y le dijo: «tus pesares ciertamente son fundados; pero no arriesgues tu alma haciéndolos escesivos. Tu falta, en que tuvo menos parte la voluntad que la sorpresa, es digna de indulgencia.» Desde entonces notó San Martín alguna disminucion en el fervor de su confianza y menos facilidad que antes en hacer milagros.

Antes de separarse de Máximo le habia dado un consejo muy saludable; si este príncipe ambicioso hubiera sabido servirse de él. Viéndole dispuesto á hacer la guerra á Valentiniano, le pronosticó que al prínci-

pio seria vencedor en el paso de los montes; pero que poco despues de esta victoria engañosa hallaria su perdicion. Pudo mas la ambicion que la profecía, creyendo frustrar sus efectos con las precauciones de una política pérfida. En tanto que se reiteraban las pruebas de amistad y moderacion al imprudente Valentiniano, que no habia querido creer á San Ambrosio, se hacian desfilar tropas de la Galia hácia la Italia, haciendo instrumento de su propia desgracia al mismo á quien se acometia. A fuerza de protestas de paz y de benevolencia, le persuadió Máximo que recibiese socorros contra los bárbaros que asolaban la Iliria, abriendo con este ardid el camino de Italia y el paso tan peligroso de los montes á la mitad de su ejército. Siguióle pronto con el resto; y Valentiniano, creyendo como Justina que tenia en él un defensor, no conoció su descuido hasta que vió la mortandad, el saqueo y los incendios que señalaban en sus provincias la marcha de su opresor. Espantosa fué la desolacion, y tal, que el santo obispo de Milan, cuya iglesia no habia sufrido la ruina que otras muchas, no tuvo escrúpulo en poner en venta los vasos sagrados para subvenir á las necesidades urgentes de una infinidad de desgraciados, y sobre todo al rescate de los esclavos. «Puede hacerse, decia, un uso mas digno de los vasos destinados á contener la sangre del Redentor que redimiendo segunda vez á los que lo han sido ya con el precio de esta sangre?»

Justina y Valentiniano, hallándose sin fuerzas para resistir á un enemigo tan poderoso, se hicieron á la vela para ir á arrojar en los brazos de Teodosio, y tuvieron la dicha de llegar á Tesalónica, donde este generoso protector salió á recibirlos. Despues de consolar á Valentiniano, le dijo como príncipe verdaderamente cristiano: «No debeis admiraros del mal estado de

vuestros negocios, ni de los progresos de Máximo, pues combatís la verdadera Religión y él la defiende.» En breve borró del alma virtuosa del jóven emperador las malas impresiones que habia recibido de su madre, y le hizo volver á la fé de la Iglesia. Los dos Augustos publicaron de acuerdo una ley que prohibia á los hereges tener juntas, instituir obispos y aun acudir para obtenerlos al tribunal del soberano, á fin de anular la que Valentiniano, ó mas bien su madre Justina, habia dado á favor de los arrianos el año anterior. Despues de estos preliminares religiosos no pensaron en otra cosa mas que en vengar los atentados de Máximo, con quien Teodosio habia contemporizado hasta entonces y reconocióle por compañero. La generosidad prevaleció sobre el interés personal, porque el emperador de Oriente le hubiera tenido mayor en precipitar la caída de Valentiniano, con la esperanza de apropiarse los despojos, que en declararse á favor suyo contra unas fuerzas tan temibles; mas faltó poco para que una empresa tan laudable ocasionase la ruina de una de las mejores ciudades del Imperio.

Para ocurrir á los gastos de la guerra se impusieron tributos sobre Antioquia, como sobre las demas ciudades del Oriente y por ello se sublevaron los ciudadanos de aquella capital altiva y poderosa. El atrevimiento llegó hasta el punto de derribar las estatuas de Teodosio, de su padre y de sus hijos; y lo que le ofendió mas, las de la emperatriz Flaccila su muger, muerta poco antes. Hallábase oprimido del mas vivo dolor por haberla perdido y conservaba una veneracion tierna á sus raras virtudes. Esta digna esposa fué principalmente quien le habia inspirado su horror estremado á la heregia, siendo ella misma de la fé mas firme y mas sumisa, de una humildad profunda y de una caridad muy ejemplar en la elevacion de su

estado. Viósele muchas veces sin comitiva y como una persona particular visitando á los pobres en los hospitales ó en sus chozas, cuidando de los enfermos y consolándolos, gustar su comida y servírsela, y hacer todas las funciones de enfermera y criada. Advertía muchas veces á su augusto esposo que trajese á la memoria su primer estado, porque ya estaban casados cuando sufrieron desgracias y estuvieron en peligro de perder la vida antes de llegar al trono.

No se satisfizo el pueblo de Antioquia con derribar las estatuas, sino que atándolas con cuerdas las arrastró por el lodo y las hizo pedazos con clamores é injurias insolentes. Pero este exceso de frenesí pasó bien pronto y dió lugar á los mas crueles temores. Principiaron todos á reflexionar sobre las consecuencias de tal furor, y se divulgó por todas partes la voz de que el emperador iba á usar de la mayor severidad; que despues de la confiscacion ó el saqueo se reducirían á cenizas todas las casas con sus infelices moradores; que arruinaría la ciudad con sus murallas y se pasaría por el suelo el arado. Desertaban los ciudadanos en gran número, ocultábanse en los bosques y ni aun se creían seguros en las cavernas mas retiradas. Otros, abandonados á su desesperacion, se mantenían encerrados en sus casas, esperando el castigo con una especie de estupidez. No se veía ninguno por las calles ni por las plazas, tan frecuentadas poco antes; de suerte, que aquella ciudad, tan poblada y tan floreciente, parecía un desierto horroroso. Los filósofos, de que estaba llena, olvidando todas sus máximas se fugaron con el pueblo.

Empero los filósofos cristianos, esto es, los mas fervorosos de los fieles, los eclesiásticos, y sobre todo los solitarios que vivían en gran número en las cercanías de Antioquia, fueron los únicos que consola-

ron á esta ciudad consternada (1). Salían de las grutas y de los sepuleros en donde estaban escondidos, bajaban presurosos de los montes, corrían á los lugares donde nunca habían puesto los pies, y hablaban á los magistrados enérgicamente á favor de aquella multitud de infelices culpables. Pasaban los dias enteros á las puertas del palacio, donde se libraba la suerte de la patria, y declaraban que no se retirarian antes de obtener el perdón, y aun hablaban de ir á pedirle á Constantinopla. «Tenemos, exclamaban, un emperador piadoso y clemente; si, nosotros le aplacaremos, y vosotros le ofenderiais intentando servirle con un rigor intempestivo.» Fué indispensable para contenerlos tomar sus representaciones por escrito y enviarlas á la corte sin dilacion.

Uno de estos solitarios llamado Macedonio, de una santidad consumada, pero de una simplicidad evangélica, sin ningun uso del mundo ni de los negocios, habiendo encontrado á dos comisarios enviados de la ciudad imperial, les dijo, asiendo al primero por el manto: «amigos míos, ved aquí lo que direis al emperador; sois hombre y vuestros súbditos tambien son hombres hechos á imágen de Dios, ¿será justo acabar con las imágenes vivas y racionales de la divinidad para vengar unas figuras de piedra ó de metal? No es cosa difícil restablecer vuestras estatuas, y ya lo están; pero, aunque sois soberano en la tierra, os será imposible volver un solo cabello á los que hayais quitado la vida.» Admirados quedaron los comisarios al oír este razonamiento, tan superior á la capacidad de un hombre sin ciencia y sin cultura, y prometieron sinceramente dar cuenta al soberano (2).

No mostraron los obispos de la provin-

(1) Chrysost. Homil. 17 ad Pop. Ant.

(2) Chrys. ib.

cia menos celo y compasion que estos piadosos ascetas. Había partido para Constantinopla el obispo de Antioquia Flaviano, despues de las primeras muestras de arrepentimiento de sus ovejas; y su diligencia fué tal, que á pesar de los rigores del invierno y de su vejez llegó antes que los mismos que llevaban al príncipe la noticia de la sedicion.

Durante su ausencia, el principal apoyo de los ciudadanos desolados fué el sacerdote Juan, mas conocido por el nombre de Crisóstomo ó boca de oro, nombre que se adquirió por su incomparable elocuencia. Había nacido en la misma Antioquia, de una familia noble y cristiana, y estudió con el famoso retórico Libanio, que al tiempo de morir dijo que no conocía ninguno mas capaz de reemplazarle que Juan; pero Juan se dedicó desde muy temprano á estudio mas sólido, habiendo sido instruido en las sagradas letras por el patriarca Melecio que le bautizó y le hizo lector. Todavía temeroso por su salvacion en una morada brillante y voluptuosa se retiró á la soledad, donde pasó una vida recogida y penitente, y aun hizo excesos de mortificacion que alteraron su salud y le precisaron á volver á la ciudad. Mas las enfermedades que había contraído, especialmente por el frio excesivo de las noches que quiso como desafiar, habían casi apagado en él la peligrosa pasion que mas temía. A los treinta años de edad le ordenó de diácono San Melecio, y de sacerdote á los treinta y cinco, y viéndole con grande talento para la predicacion le confirió este honroso ministerio.

Estaba Crisóstomo en lo mejor de su carrera á los cuarenta años de edad, cuando las desgracias de su patria presentaron un nuevo estímulo á su celo y á su elocuencia. Predicó con este motivo al pueblo de Antioquia unos veinte bellísimos discursos que merecen un lugar señalado aun entre

las obras de este Padre, el mas persuasivo de los oradores eclesiásticos de aquellos siglos florecientes. El templo de Dios estaba siempre lleno en tanto que el resto de la ciudad estaba desierto, no teniendo sus habitantes satisfaccion mas pura que oír al tierno y sublime Crisóstomo, superior á sí mismo en unas circunstancias que le inspiraron un santo entusiasmo y un estilo patético y divino. Con la admiracion llevaba la calma y la confianza á unas almas tan abatidas poco antes; y muchas veces se vió obligado á hacer suspender los aplausos que le daban, ó á detenerse él mismo porque era imposible que le oyesen con tantas aclamaciones. Como ministro fiel disponía al pueblo para que con su docilidad diese gloria al divino Maestro, y convirtió todos los corazones al temor de Dios y á la penitencia. Asi la desgraciada Antioquia, sometándose con la mas humilde resignacion á lo que la Providencia quisiese ordenar, inclinaba al Señor á no decretar cosa alguna que no fuese segun su misericordia.

En tanto la fama, cuya celeridad parece aumentarse en los sucesos funestos, había hecho llegar á oídos del emperador la noticia de la sedicion. Aunque los malos caminos habían retrasado los correos, y Flaviano se había adelantado á estos, cuando este patriarca llegó se halló con que Teodosio estaba ya informado de todo lo ocurrido. Al llegar á palacio, se detuvo á lo lejos el venerable prelado con los ojos tristemente bajos, y con un aire tan humillado, como si hubiera tenido que pedir favor para su propia persona. El emperador se acercó á él, y con un tono amargo y sensible, pero sin cólera, no obstante sus primeros movimientos sumamente prontos, principió enumerando una larga serie de favores concedidos á la ingrata Antioquia desde el principio de su reinado, añadiendo á cada artículo: «¿era este el reconocimiento que yo debía esperar? ¿qué que-